

por lucir el ingenio sino tambien por adquirir aura popular, y hé aquí de qué manera demuestra este último punto.

«Muy atrasado debe estar en el conocimiento de la historia, el que grita contra la Encíclica por la adquisicion del aura popular ó ha meditado muy poco ó nada sobre el popular recibimiento que tuvo el Salvador del mundo en Jerusalem; porque de lo contrario no fuera tan nécio é insensato que, por los aplausos y ovaciones del pueblo, que son del momento, gritara contra la verdad y la justicia, y dejara lo que le puede valer una eternidad de gloria en lo futuro y el honor incomparable de la fama religiosa y de ser un hijo bueno, humilde y sumiso en lo presente. ¿Qué sábio y cuerdo ama lo caduco y perecedero con perjuicio de lo razonable y eterno? Ninguno; solo el hombre que es tan deleznable en sus ideas, *incerto doctrinarum vento vagatur*, dice san Hilario (*Epist. ad const.*), como lo es el aura popular en su permanencia y duracion. ¡Ay de tí, decimos con san Ambrosio (*cap. XV de Elia et jejunio*) que dejas la salud y escoges la muerte! *Vae qui salutem relinquis, mortem eligis. Vae ista quærentibus, calix ergo aureus contritus est.* ¿Y por qué? porque desierta de la verdad, y busca las caricias y halagos. *Qua ratione? Quoniam à veritate deficit, quærit illecebram. Vide speciosam illecebram, sed inanem gratiam.* Vése en el aura popular un halago hermoso, y como te hallas ofuscado y con gran ceguera, no ves que es un halago vacío del tesoro con que debia estar enriquecido, haciendo justicia á la justicia de la Encíclica, hablando verdad de su verdad y dando razon á su razon.

«Cuando mas absurdamente esté perseguida la verdad, tanto mas ofende al que la proclama con toda claridad; pero al que la dice con afectacion y la adultera con estudiado reboso, ó grita contra ella por arrancar aplausos y conquistar el aura popular, hallará agrados y felicitaciones entre los estúpidos, entre los enemigos de la Encíclica y entre aquellos que tambien hacen coro con los gritadores, escarnecedores y calumniadores. El filósofo, y muchos que no son filósofos aunque se precien de ello, afectan decir verdad y la remedan cómicamente; con la afectacion la corrompe, buscando honra y aura popular en el aliño del arte, y con el remedo cómico se burla de ella ó la niega. Pero el verdadero católico dice la verdad á la luz del dia, obedeciendo al Evangelio, y como la Encíclica es un tesoro de verdades, la recibe como una gran necesidad, la apetece como un bien inmenso, la enseña con entereza, y no busca honores ni lucimientos, ni fama, ni aura popular, sino la salud y dar un testimonio auténtico de su lealtad y fidelidad ilimitada al romano Pontífice, de que no se avergüenza de ser católico, de llevar la cruz de JESUCRISTO, no en oculto sino en la frente para que todos vean que es católico, apostólico, romano. *Non erubescio*, dice san Agustin (*Psalm. CXLI*), *ut non in occulto loco habeam crucem Christi, sed in fronte portem.*

«Es preciso que el hombre desista de gritar contra la Encíclica por adquirir aura popular, si no quiere que venga sobre él un diluvio de disgustos y penas, si no quiere su ruina y perdicion eterna; porque para gritar contra la Encíclica, tendrá su apetito desordenado que inventar calumnias para envilecer el objeto contra el que se grita; tendrá que fingir lo que no es, lo que pasa de lo falso y aun lo que es imposible. Por eso, ninguno ha de ser mas sábio de lo que conviene, ni mas resplandeciente que la luz; porque el que desea resplandecer mas que la luz se oscurece; el que desea subir mas arriba de lo que

corresponde, se despeña, y el que quiere saber mas de lo que debe por ganar el aura popular, se hace ignorante.»

Como puede verse por los párrafos que dejamos transcritos, el documento del que nos hemos ocupado es, como decíamos al principio un venero de doctrina suficiente para atraer al conocimiento de la verdad á todos aquellos que no hayan hecho renuncia del uso de la razon. El ilustre prelado que tan brillante defensa hace de la Encíclica y del *Syllabus*, que con tanta maestría sabe desenmascarar á los que tanto han gritado contra aquellos documentos emanados de la cátedra de la verdad, termina su brillante escrito demostrando que contra la rebelde y desleal gritería están la obediencia y adhesion á la Encíclica, exhortando á los fieles á respetarla, acatarla y obedecerla dando un público testimonio de esta manera de la mas acendrada adhesion á su verdad y á su justicia, á su razon y á su autoridad que ningun católico, dice, puede traer al exámen privado ni ponerla en tela de juicio.

Para terminar, reproducimos los siguientes párrafos de la última parte de la pastoral:

«La Encíclica, que condena los errores, emana del Padre Santo, á quien por derecho divino se confirió en la persona de san Pedro el cargo altísimo de apacentar la grey de nuestro buen Jesús, tanto á las ovejas como á los corderos, esto es, á obispos y fieles con la sana doctrina que es la que está en armonía y consonancia con la que el mismo JESUCRISTO enseñó y practicó. ¿Y no prestarémos obediencia perfecta á la Encíclica? Así es que la Iglesia declaró en sus concilios que el Sumo Pontífice es el padre, el maestro, el doctor universal y vicario de JESUCRISTO, cuya declaracion fue reconocida por los Padres en el concilio de Calcedonia, cuando exclamaron: *Pedro ha hablado por boca de Leon, esta es la fe de Pedro y todos así lo creemos.*

«No menos explícito está san Agustin, cuando para imponer silencio á los adversarios de la doctrina católica les decia: *Roma ha hablado, de allí vinieron los rescriptos, ya está terminada la causa, y ojalá termine tambien el error.* Sentencia propia de aquel sublime entendimiento, y aunque la dicha máxima de respeto y obediencia á la Santa Sede ande de boca en boca, es muy importante repetirla con frecuencia para ahuyentar la rebeldía, la vanidad y la soberbia. *Bona est repetitio*, dice el mismo Santo (*homilia XLII*), *ne subrepat oblivio.* Y en el sermón *L de verbis Domini: Qui extra me pascit, contra me pascit.*»

«San Jerónimo escribia al pontífice san Dámaso: *El que no allega contigo desparrama.* San Cipriano dice terminantemente en su libro de la Unidad de la Iglesia: *El Episcopado es uno, y la Iglesia una, aunque difundida por todas partes, á la manera que el sol es uno, no obstante que sus rayos son muchos, como el árbol es uno con muchas ramas, como la fuente es una, aunque corran de ella varios arroyos; una es la cabeza, uno el origen y una la madre. De ella nacimos, con su leche nos alimentamos y con su espíritu nos animamos. La esposa de CRISTO no puede adulterar, es incorruptible, es casta. El que se separa de esta Iglesia, se une á la adúltera y se aparta de las promesas de la Iglesia. Es por consiguiente ajeno, es profano, es enemigo, y ya no puede tener á Dios por Padre, el que no tiene la Iglesia por Madre.*»

Para terminar esta materia consignarémos aquí los comentarios que la lectura del *Syllabus* nos sugirió cuando nos fue conocido tal documento,

aunque abreviados por tener que dedicar á otros asuntos de importancia las páginas que nos restan.

Los errores condenados en el párrafo primero del *Syllabus* pertenecen según vimos á su tiempo, al panteísmo, naturalismo y racionalismo absoluto.

«Hablando el célebre P. Lacordaire de la fe católica hace este bello razonamiento: «Lo que es claro en el Cristianismo, lo que se demuestra científicamente son los fenómenos que produce, fenómenos físicos, morales, intelectuales; lo que es oscuro, lo que no habeis visto, es la sustancia que admite esos fenómenos y es por ellos manifestada. Así la tradición, la escritura y la razón os anuncian la existencia de Dios: pero ¿quién ve la sustancia divina? Todo nos habla de ella; nada rasga el velo que la cubre; permanece en el fondo del santuario como una estatua á quien se adora, cuya presencia y cuya acción se sienten sin que mirada ninguna haya profanado. La tradición, la escritura y la razón os anuncian la creación del mundo por Dios, pero ¿quién ha visto el acto creador? ¿Quién percibe la diferencia entre la sustancia creada y la sustancia increada? ¿Quién ve el tránsito de la nada al ser? Numerosos fenómenos os revelan la degradación de la humanidad; pero ¿no veis en la sustancia misma del hombre ese vicio original, que se revela «no obstante por tantos efectos exteriores (1).» Pues bien; la fe, don precioso y virtud de la que tan admirablemente nos habla el teólogo francés, así como la misma razón natural revelan la existencia de Dios y condenan el panteísmo, el naturalismo y racionalismo; y si hemos empezado por hablar de la fe es porque ella forma el pedestal majestuoso donde se sostiene el edificio de las creencias católicas, todas las cuales se hallan enlazadas entre sí, de modo que forman como una cadena á la que basta quitar un solo eslabon para que quede completamente desbaratada. Basta una razón medianamente ilustrada para no dar ascenso al panteísmo, á esa aberración del siglo XIX condenada por el Maestro de la humanidad. ¿Existe un Dios? ¿Hay un *Ente in se* del que dependen todos los demás seres? Ó por ventura, ¿el mundo se debe á sí mismo la existencia? La hermosa y azulada bóveda que nos cubre, los mares con sus preciosidades y tanta multitud de peces, las elevadas montañas, los frondosos valles, los aires con tanta variedad de aves de mil colores, cuanto en suma arrebatada nuestra atención en el bello panorama de la naturaleza, ¿todo esto se ha formado por sí mismo? ¿La misma razón no nos inclina á reconocer un Artífice supremo, sábio, inmenso y omnipotente? Tres voces diferentes contestan á estas preguntas. Es la primera la voz de la Iglesia que en la primera línea de su símbolo, dice: *Credo in Deum patrem omnipotentem*. La segunda es del racionalismo que exclama: *Credo in naturam matrem omnipotentem*. En suma, la tercera voz es muda pero elocuente: la voz de todos los seres creados, de los astros que nos iluminan, de las estaciones que nos hacen experimentar sus rigores, del árbol que se desarrolla y nos ofrece sus frutos, de la flor que embalsama el aire con su exquisito aroma, de las aves que nos encantan haciéndonos escuchar sus trinos armoniosos, de los animales terrestres y hasta del hombre mismo. Cada una de estas criaturas nos está diciendo: *Ipse fecit nos et non ipsi nos*. La Iglesia cree en un Dios omnipotente; el racionalismo en la naturaleza, madre omnipotente; y á una

(1) Lacordaire, *Sermon XII de la fe*. Año 1835.

voz todos los seres creados cantan la existencia de Dios confesando que no se deben á sí solo su existencia y conservación. Ahora preguntaremos antes de entrar en el terreno de la razón: ¿Á quién debemos dar oídos, á la Iglesia y á la voz de los seres todos ó al racionalismo? Pero este último no es otra cosa que la decepción de la razón. Es indudable que el espíritu humano no puede jamás inventar una cosa que sea suficiente á borrar de nosotros la idea de Dios. Si la naturaleza, hemos dicho en otro trabajo; si la naturaleza sin personalidad y sin conciencia de su por qué, es Dios, yo me pregunto: ¿Cuál es la obra mas perfecta de la naturaleza? Seguramente es el hombre. La piedra busca su centro sin saber en virtud de que ley lo hace: el grano de trigo arrojado á la tierra se abre paso por la corteza que le cubre, y da su fruto sin conciencia de lo que hace, ni del bien que dispensa á otras existencias. El hombre, por el contrario, sabe de dónde viene y á dónde vá, es decir, que conoce sus leyes, su bien y su fin: pues á este ser privilegiado quiero preguntar, y puesto que soy hombre me preguntaré á mí mismo. ¿Existo? Pienso? ¿Raciocino? ¿Dependo de mí mismo? ¿Quién me ha criado? ¿Quién me sostiene el ser? ¿Quién puede privarme de él? ¡Ah! Que esto es muy importante, y de tal modo, que diferente rumbo han de tomar mis obras, según que haya ó no un Ser supremo autor de cuanto tiene existencia.

Hemos visto al comentar la carta pastoral del prelado de Tarazona cuan infundados han sido los gritos que han resonado por todas partes contra las condenaciones hechas por el romano Pontífice de las proposiciones contenidas en el *Syllabus* y despues se manifestó por Gobiernos y pueblos grandes temores de que aquellas proposiciones fuesen convertidas en decretos conciliadores en la asamblea del Vaticano. No necesita en verdad confirmación lo decidido una vez por el Jefe supremo de la Iglesia. Empero aunque así fuese, ¿por qué aquellos gritos y estos temores? ¿Por ventura la sociedad no se halla grandemente interesada en la completa extirpación de los errores condenados por Pio IX? ¿La sociedad que está hambrienta de reposo y tranquilidad, puede dejar de conocer los buenos deseos de que se halla animado el Soberano Pontífice de que consiga bien tan estimable? ¿No ve que sus trabajos, sus exhortaciones, sus decisiones y anatemas van dirigidos al mayor bien de la familia humana?

El panteísmo y el racionalismo tan enérgicamente condenados en el *Syllabus* no son otra cosa que ramificaciones del ateísmo que no pueden producir mas que el desbordamiento social, la confusión y la anarquía, y por consiguiente el menosprecio de los poderes constituidos, el hollamiento de todo principio de autoridad y la ruptura de toda clase de vínculos sociales. ¿Qué felicidad, que estado de tranquilidad estaria reservado á la sociedad donde tales principios llegasen á arraigar?

Comprendemos suficientemente que pertenecen á dos clases diferentes las oposiciones de los adversarios de la Santa Sede. Combaten unos porque se han atribuido un falso apostolado, el del ateísmo ó el del protestantismo; la otra oposición es la de los hombres que tienen por misión únicamente el combatir la Iglesia católica ridiculizándola en sus creencias y prácticas á la faz de los pueblos y naciones. Es excusado el decir que las armas de que se sirven estos enemigos, son la calumnia, la difamación y el sofisma. Los primeros combaten las doctrinas de la Iglesia porque se oponen directamente á las que

ellos profesan y que han tomado á su cargo el extender. ¿Cómo no han de manifestar una gran hostilidad á las doctrinas de la Iglesia romana si estas combaten el panteísmo, el ateísmo, el protestantismo y todos los errores en suma, de tan diversas escuelas? Los que por tales principios se guían toman las palabras del Papa en su verdadero sentido pues no tienen necesidad de desfigurárlas en manera alguna, como se comprende si se atiende á que combaten en nombre de escuelas divergentes de la escuela católica.

De diferente manera tienen que obrar los segundos. Estos toman por base de sus combates el persuadir á los pueblos que las doctrinas de la Iglesia son antisociales, anticivilizadoras y por lo tanto contrarias á los adelantos y civilización de los tiempos modernos y que con ellas la Iglesia solo tiene por objeto hacernos retroceder á la edad media y extender los límites de su poder. Recordamos á este propósito lo que escribía en un periódico pocos días después de ser conocidos los documentos de que nos ocupamos, un jóven de talento pero lastimosamente extraviado en sus ideas con respecto á religion. Aseguraba que la Encíclica era contraria así á la marcha progresiva de la civilización, á las conquistas de la época, como á nuestras leyes y pretendiendo que fuesen castigados con pena de extrañamiento los prelados españoles que se atrevían á publicar en sus respectivas diócesis los documentos pontificios, decía: «Aquí las leyes no deben ser telas de araña, en que solo se que-
«dan enredados los que poco son, porque poco valen, los que poco representan
«los que poco significan. No faltaba mas, sino que una mitra se enredara en
«nuestras leyes.» Sirva esto de un ejemplo para comprender las inconsecuencias de los que pretenden pasar por regeneradores de la sociedad actual, de los que trabajan en todos sentidos por dotar á los pueblos de toda clase de libertades. En tanto que ellos publican y predicán con la mayor constancia y asiduidad sus ideas y opiniones así políticas como religiosas; en tanto que toman en sus manos, sin encontrar obstáculo de ninguna clase, un documento pontificio calificándolo á su manera, ora de *asonada episcopal*, ora con otros títulos no menos denigrativos, y procurando por todos los medios que están á sus alcances tergiversar, desvirtuar y aun calumniar el sentido literal de sus párrafos, excitar á los Gobiernos á que pongan un candado en la boca de los obispos para que no puedan publicar los mismos documentos eclesiásticos que ellos públicamente comentan á su manera, y ridiculizan. ¿Porqué de esta manera huyen de la discusión cuando tanto proclaman que ella es el origen de la luz? ¿Por qué no hacen aplicación de sus principios liberales, de la libre manifestación de las ideas por la palabra y por la prensa á los documentos pontificios? Estamos ciertos que á esta pregunta nos contestarían nuestros modernos regeneradores: «Si concediéramos á la Iglesia esa libertad que queremos para nosotros, se perjudicaría notablemente nuestra propaganda.» En esto no podemos menos de concederles la razón. Las tinieblas tienen que disiparse necesariamente á la influencia de la luz; la libertad de la Iglesia ha de perjudicar siempre notablemente á la propaganda del error, porque en la lucha de la verdad y la mentira, siempre aquella ha de ganar terreno en la razón humana. No dejamos de notar que nunca se ha atentado mas á la libertad de la Iglesia que cuando mas se ha otorgado la libertad á los pueblos. Si la Iglesia, si el Evangelio que enseña y proclama la fraternidad universal, la igualdad ante la ley, el amor recíproco entre los hombres, consignara principios contrarios

á estos, y fuese por lo tanto una rémora á la civilización y al bienestar de los pueblos, comprenderíamos aquel extraño sistema; pero cuando no es así, cuando al Evangelio debe el mundo la libertad y la civilización; cuando la Iglesia ha trabajado constantemente por extender y llevar hasta á los pueblos mas remotos tan inestimables beneficios á los que ha dado los mayores empujes con su pacífica, suave y organizadora doctrina, hemos de convenir, y con nosotros convendrá necesariamente todo hombre dotado de sana razón en que no es á la verdadera libertad sino á la corrupción de las ideas, á lo que aspiran aquellos que de tal modo tratan de esclavizar á la Iglesia.

Á los que son fáciles en subordinarse contra las enseñanzas de las doctrinas de la Iglesia les recomendamos las siguientes líneas de un escritor por cierto nada sospechoso para ellos. Hé aquí de qué modo se expresa Proudhon que es el escritor citado:

«¿Me propondré yo reanudar una polémica terminada para elegir una religion; iré á disputar con las sectas, á chistear con la Iglesia, maestra de todas ellas, sobre sus dogmas y sus misterios; á negar la autenticidad de las Escrituras, á rectificar su historia, á descubrir su origen, sus usurpaciones, sus falsedades, á explicar sus ritos, á oponerme á su Génesis, á su diluvio, á su teofanía, á su astronomía, geología, física, cronología, fisiología, economía política, á toda la enciclopedia del género humano; y luego á borrar un culto, á lamentarme de su disciplina, á poner de relieve sus vergüenzas y recordar sus bajezas y sus venganzas?»

«¿Iré á pedirle cuenta de su Vicariato como si me interesara su divino misterio; diré que él ha faltado á las inspiraciones del Altísimo, como si quisiera constituirme profeta en su lugar; pretenderé con el Autor de la *tierra y del cielo*, que es este el tiempo oportuno para emprender la restauración de la teología, que todo lo reclama, y apoyándome en este pretexto, me pondré á discutir teológicamente con el episcopado?»

«No, no seré yo quien dé al mundo este espectáculo.

«JAMÁS ME HUBIESE ATREVIDO Á DISPUTAR Á LA IGLESIA SU AUTORIDAD SI COMO MUCHOS QUE SE CONSTITUYEN SUS COMPETIDORES, YO ADMITIERA PARA LA JUSTICIA LA NECESIDAD DE UNA GARANTÍA SOBRENATURAL. Si partiera de la hipótesis que la idea de Dios es indispensable á la moral, no abrigaría la presunción de creerme mas capaz que la Iglesia y que el género humano, que se ha consagrado mas de sesenta siglos á deducir en teoría y realizar en práctica esta idea. Yo me hubiera inclinado ante una fe tan antigua, fruto de una elaboración que el espíritu humano no presenta otra tan sabia y tan larga; yo no hubiera admitido ni un solo instante que tuviesen ningun valor, cuando se tratara de mi fe las insolventes dificultades de la creencia; yo hubiera pensado que aquí precisamente estaba el misterio de mi religion y no me hubiera atribuido ciertamente la importancia de un revelador por el solo hecho de haber descubierto algo del tejido metafísico. Y sobre todo, yo hubiera temido con mis imprudentes ataques, debilitar en los otros una garantía cuya necesidad yo mismo hubiera empezado reconociendo.»

De tal modo se explica un hombre como Proudhon cuya autoridad como dijimos al principio, no podrá ser rechazada ni aun por los mismos enemigos del Pontificado.

Los enemigos de la Iglesia léjos de inclinarse ante la autoridad que conserva al mundo esa fe que Proudhon llama *la mas sabia y mas larga elabora-*

cion del espíritu humano, pretenden sostener competencia con ella sosteniendo una insubordinación escandalosa, y esto lo hacen hombres que no se avergüenzan en llamarse cristianos, y que por otra parte reconocen la divinidad del origen del Cristianismo. Dígasenos si esto no es la mas monstruosa de las contradicciones.

Por poco que se reflexione sobre este hecho, reproducido cada día á nuestra vista, no podrá menos de deducirse que no solamente es imposible un combate doctrinal contra la Iglesia católica; no solo no es posible establecer una metafísica contra su teología, sino que dado que se acepten los principios fundamentales del orden sobrenatural, es imposible atacar á la Iglesia católica en las cuestiones secundarias de sus doctrinas, sin caer en grandes inconvenientes de doctrina y de conducta.

La nulidad metafísica de sus adversarios envuelve su nulidad lógica, lo que garantiza perfectamente el triunfo constante y perfecto de la Iglesia sobre sus disidentes.

De ahí que todos los hechos que el espíritu de insubordinación é impiedad sostiene contra cada nueva exposición de la doctrina católica están basados no en ideas y en palabras, sino en intereses y sentimientos. No es el principio ni el raciocinio el que se eleva contra la Iglesia, no es la palabra de la razón, es la tempestad de las pasiones. ¿Pero qué puede una tempestad contra una doctrina?

Desgraciadamente tenemos á mano un hecho que puede calificarse de lo que hoy se llama palpitante, en confirmación de lo que venimos sosteniendo.

Roma ha publicado la nueva exposición de su inmutable doctrina. La *Encíclica* no añade una sola jota á lo que viene enseñando constantemente el Pontificado. Sin embargo, los hombres solo adheridos por fórmula á la Iglesia católica, haciendo coro á sus declarados y naturales adversarios, se han propuesto combatirla.

¿La han combatido? Distingamos; con una tempestad, sí; con principios y con lógica, no.

Si se coleccionara lo que se escribió en la Europa, durante el período de tres semanas, contra la *Encíclica*, se llenarían mayor número de volúmenes de los que escribió san Agustín ó Benedicto XIV. Pero ¿qué se ha dicho de sustancial contra ella? Lo confesamos, nada hemos encontrado digno de oponerse á un documento que, prescindiendo del carácter especial de la autoridad de que emana, es un documento de doctrina trascendental, es un documento de principios. Hijos de la Iglesia católica, ligados como tales por estrechos vínculos á la Santa Sede de la que emana toda luz verdadera, rechazamos y condenamos todo lo que Pedro por sus sucesores rechaza y condena.

CAPITULO LXVII.

PIO IX Y LA POLONIA.

Todo un libro seria necesario para ocuparnos con la extension debida del asunto que forma el tema del presente capítulo. Graves, aunque inmotivados cargos, se han dirigido á los Pontífices romanos sobre la actitud de los mismos, que algunos calificaron de indiferente y de aversiva otros, con respecto al oprimido pueblo polaco. Sin embargo, nada hay mas injustificado que semejantes acusaciones. Siempre los romanos Pontífices fueron protectores decididos del derecho, y de Pio IX es ilícita hasta la menor duda de que lo ampara donde quiera que exista con decision y entusiasmo.

La Polonia, víctima de los ambiciosos cálculos de la diplomacia; conquistada inicuaamente por la fuerza material primero, y despues maquiavélicamente repartida entre los dos grandes imperios conlindantes en virtud de una alianza mal llamada santa, es el pueblo, que á semejanza de la Irlanda oprimida, mas ha conmovido el corazon del Padre de los pueblos cristianos.

La Rusia, para la que la noble Polonia ha sido como la protesta viva del remordimiento, se ha esforzado en amordazarla, para que sus gemidos no encendieran la justa indignacion de la Europa observadora. En 1861 el despotismo moscovita, adversario natural de toda cristiandad fiel á la autoridad apostólica, que tiene en Roma su cátedra y cetro, exacerbó de atropello en atropello la ira de los pacientes polacos. Á pretexto de vengar determinadas resistencias de la juventud de Varsovia á la conscripcion militar, los cosacos invadieron todos los hogares, y arrastraron á las cárceles á jóvenes, ancianos, mujeres y niños.

Varsovia lanzó un grito de horror, grito que la destrozada nacion repitió con energía, levantándose como un solo hombre dispuesta á dar la sangre de todos sus hijos para obtener la resurreccion de la creyente patria. Las seño-